

La toga

Para muchos niños hay en muchas capitales, Madrid entre ellas, una escuela más pública que la escuela pública: la calle.

Su rector es la miseria, sus aulas el descuido y la ocasión, sus bedeles los guardías. Está abierta siempre.

A media noche, cuando cruzáis las anchas calles desiertas, un poco encantados de oír vuestro taconeo en la acera y de tener para vosotros nada más las luces brillando, como las que en avenida de imperial palacio aguardan la retirada del señor, una cosa se os pone delante y se os enreda entre las piernas. Es un periódico extendido, que anda solo, detrás del cual se divisan luego los pies, la cabeza y las manos del que lo sostiene, como en las clásicas viñetas anunciadoras.

—Señolito, el *Helaldo!*—dice un chicuelo tan alto como el periódico.

Ha surgido de un portal, del biombo de Fornos, donde del frío se amparaba, tendido sobre un montón de niños, que pisan los trasnochadores. Un brazo que se retira ó una pata que se encoge: eso es todo. «Los golfos», piensa el que sale; por los miembros entrelazados allí, es tan incapaz de calcular el número de muchachos como de averiguar por las roscas móviles y viscosas el de un pelotón de lombrices.

Yo me he fijado alguna vez en los chiquillos del *Helaldo*. Los hay rubios con caras bonitas y tan dulces como las de todos los niños de tres años. Sus bocas sonríen con ingenuidad confiada y sus ojos son vivos é inteligentes. Piden una *pelilla* ó brindan su mercancía alargando la manita aterida, á no importa quién, con la amorosa gracia con que pedirían un beso á sus padres, si los conocieran. He buscado con insistencia entre ellos al *criminal nato*, de Lombroso, para conocerlo así, pequeñito. En vano. Frentes abultadas y sortijillas de seda... como todos los niños, en fin.

«¡Los golfos!» es cuanto dice al

verlos el hombre grave, lo mismo que dice bajo los árboles del Retiro: «¡Los mosquitos!»

El que más, recuerda en ellos á *Gavroche*; los halla chistosos y simpáticos, y se figura que van á ser eternamente gorriones de la gran ciudad, para dormir en los huecos de las estatuas y saltar de día al frente de los batallones. Está bien, pues; que no hagan nada; ya servirán de efecto armónico á los poetas, como las golondrinas y las hierbas de las tapias. El orden social, que por dos pesetas se encarga un guardia de representar, mira á los golfos y les da una patada de cuando en cuando.

¡Ah, pero es injusto en tratarlos así, de haraganes! Distan de serlo. Esos pobres niños del *Helaldo* y *La Correspondencia*, muestran la curiosidad y la voluntad de aprender que todos los de su edad, cuando se empieza á desplegar su alma. La tienen blanca, de ángel; y con ella han empezado su carrera y se aplican en su *primera enseñanza*.

¡Y qué no les enseñan los puntapiés de orden público! A los seis años ya saben correr y quitar pañuelos, mirando con un ojo al bolsillo y con el otro al guardia. Es el ingreso de bachillerato. Mientras lo cursan, los agentes siguen observándolos con atención, llevándolos tal cual vez á recoger diplomas en la prevención del distrito, y repartiéndoles trompadas y pescozones. Aunque con filosofía: «aun no estorban», dice la sociedad. Y como no estorban, hasta los quince ó veinte años, filiados ya en los gubernamentales registros, se pasan la vida, á fuer de *estudiantes* alegres, corriendo de los guardias en la calle y convidándolos á Cariñena en las tabernas.

Facultad mayor. Se indica por el ingreso del educando en la cárcel á consecuencia de un robo ó de un navajazo en quimera. Cosa leve y grandes adelantos. El que no es completamente imbécil, saca la *licenciatura* en